

¿Migajas o compromiso?

NUESTRO mundo tiene una acusada tendencia a señalar los problemas pero no a indagar las causas profundas que los producen. Registra, a veces con alarma, los síntomas. Se inhibe de la investigación de las causas. La mayoría de los jóvenes, por señalar un ejemplo cercano, explican el paro por deméritos, por carencias individuales: «no saber adaptarse», «no ser inteligente», «no tener una personalidad agradable», «no ser trabajador». Las encuestas nos dicen —y esta conclusión tal vez extrañe a alguno— que el paro, el problema más global de los jóvenes, es atribuido preferentemente a la meritocracia y no a causas estructurales.

La misma actitud se observa en los problemas nacionales y mundiales. Se huye del análisis estructural de la realidad y se echa mano de explicaciones muy rápidas. Se diría que ante una crisis no hay otra salida que la militancia en un programa o grupo político o la evasión en el juego, la ludopatía. O nos evadimos en juegos múltiples (entendiendo incluso la vida como un juego), o asumimos una respuesta responsable a un mundo que nos demanda. Y hay muchos ludópatas en un mundo que, condenado por insostenible, se sostiene. Parece como si no hubiera alternativa política al «único mundo posible» en que vivimos. Si Aldous Huxley escribiera hoy su utopía negra, quizá la titularía «Un mundo

posible». En realidad nos sentimos afectados por los muchos problemas pero no tenemos el reposo o la decisión necesaria para enfocarlos y comprenderlos en términos de «sistema». Y de ahí el escepticismo.

PARA entender la pobreza hay que hacerlo desde claves globales, como resultado de un pecado estructural que sólo la actuación ciudadana puede atajar con eficacia. Hay que reconocer que hay minorías sociales que se preocupan por la pobreza y la transformación de esta ciudad que es el Mundo. Y es cierto que estas minorías han aumentado en los últimos años. Un buen indicador es el voluntariado o el 0,7 por 100. Con todo, estos grupos siguen siendo un colectivo breve y está expuesto a peligros. Porque el auge de «lo solidario» corre el riesgo en algunos casos de ser un «revival» del limosnismo. El auge del solidarismo es un indudable avance social. Marca una nueva cultura de la gratuidad y la solidaridad. También puede ser empleado como sublimación de un compromiso político de transformación social, supuesto que los partidos políticos en la actualidad imponen con mano férrea su disciplina y a veces parecen más entregados a la conservación de la maquinaria interna que a la transformación solidaria de la sociedad. El voluntariado y la limosna tienen sentido en sí mismos y son necesarios. Generan riesgos. En la mayoría de los voluntariados no se ha incorporado el compromiso político a la acción social. Tienen por ello el peligro de quedar demasiado cerca de la beneficencia. Y ésta es necesaria. Pero no suficiente. Y así podemos tranquilizarnos más de la cuenta con sucedáneos. La participación política es sustituida por el voto que se mete en una urna. La promoción de la justicia es sustituida por el billete que se mete en una hucha. Estamos ante un simulacro de política, un simulacro de justicia.

Vayamos a la sociedad civil. Se debate entre la movilización, que tendría efectos saludables, y el simulacro. Una ciudadanía que no se reúne en verdaderas tertulias, necesita sentir que participa en los simulacros de tertulia que ondean las mañanas radiofónicas. El litigio prensa-gobierno es un simulacro de la relación entre la sociedad y la casta política.

El compromiso y la lucha por la justicia se sustituye por la hucha, y la comunicación, por el «reality show».

LAS organizaciones responsables de los voluntariados deben impedir que esta ola de solidaridad sea ahorcada por el limosnismo. Un sobrio sentido de la realidad, un noble sentido común debe hacernos ver que no hay que poner parches sino solucionar las causas más cruciales. En lugar de ser enfermeras de los accidentes hay que ser sanadores de las causas en un mundo cada vez más complejo e institucionalizado que exige acciones comunitarias y transformaciones estructurales. No debemos sentirnos dispensados por el dinero que damos o el tiempo que dedicamos. Más bien, tiempo y dinero deben comprometernos aún más con la causa. Nuestro voto en la arena política, nuestra limosna en la esfera asistencial y nuestro voluntariado no son un toma y daca. Son —y así tiene que ser— una declaración de compromiso con la Ciudad-Mundo.